

POR UN DESARROLLO ÉTICO Y SOSTENIBLE

Guy Bajoit

Sociólogo, Université Catholique de Louvain

Si yo tuviera el cargo –¡y la carga!– de ser Presidente de una nación en el mundo de hoy, todos los días por la mañana, después de una noche de desvelo, me preguntaría: ¿cómo dar hoy un pasito adelante en la resolución de *seis problemas esenciales* para el desarrollo de mi país y el bienestar de mi gente? ¿Por qué seis? Bueno, porque después de haberlo pensado bien, durante muchos años, llegué a la conclusión que el desarrollo es un proceso muy complejo, que sólo se puede lograr aplicando simultáneamente *seis programas de políticas públicas*, igualmente importantes. Y, si la aplicación de estos programas es tan difícil, tan delicada, es porque los problemas que hay que resolver se presentan bajo la forma de *contradicciones*. En definitiva, esto significa que la resolución exitosa de cada problema exige *dos políticas que se contradicen*; de tal modo que, si uno no las maneja con mucho cuidado, ¡cada una de estas dos políticas puede destruir a la otra! Veamos cuáles son estos problemas y estas contradicciones. Cómo resolverlos es lo que todavía no sé muy bien: por eso.... ¡duermo tan mal!

Primera contradicción

Para decirlo llanamente: hay que convencer a los ricos que deben compartir la riqueza con los pobres, y a los pobres que han de trabajar para producir más riqueza, que los ricos se apropian y no quieren compartir. Me da mucha rabia que los hombres sean así, pero ¡son así! y no me queda más remedio que tomarlos como son y esforzarme por hacerlos cambiar poco a poco, si ello es posible.

Lo que yo sé, con certeza, es que no hay desarrollo sin crecimiento de la riqueza económica producida –la tarta, el PIB por cabeza, tiene que crecer–, y para que sea así,

los “pobres” tienen que trabajar, ¡y mucho! Pero también sé, con la misma seguridad, que el desarrollo no es sostenible sin una reparto equitativo de la riqueza en beneficio de los que la producen y de la población en general –la tarta tiene que ser repartida–, y por esto, los “ricos” tienen que compartir, es decir, pagar impuestos, sin defraudar, pagar salarios dignos y contribuir a la seguridad social y a la solidaridad instituida.

Pero, resulta que cuando yo trato de convencerles que así tiene que ser, no me hacen caso. Los ricos se ponen a gritar: que sus empresas van a perder competitividad, que van a reducir sus inversiones y que va haber más desocupación y pobreza, que se van a ir del país; incluso, a veces, me arman líos tremendos: huelgas patronales, amenazas de secesión regional, milicias armadas, golpes de Estado... Y, entonces, los pobres se sienten víctimas de injusticias por ser demasiado explotados: algunos protestan, bajan a las calles, hacen huelgas, a veces, también acciones extremistas; y otros se desaniman, trabajan mal o lo menos posible, engañan, se pasan a la economía informal. Y yo, ya no sé cómo ponerlos de acuerdo. En ciertos momentos, crean una situación tan compleja y peligrosa, que estoy a punto de dejar la presidencia, ¡antes de que me echen!

Segunda contradicción

Los intercambios con los otros países: inversiones extranjeras, exportaciones, importaciones, mercados internacionales. ¡Qué cosas más complicadas! No podemos vivir en autarquía, estamos obligados de participar en los intercambios con el mundo para conseguir los bienes y los servicios que no podemos producir nosotros mismos, y las divisas que necesitamos; pero también ¿cómo hacer esto sin perder el control de nuestros recursos nacionales, sin dejar que nos exploten, sin estar obligados a aceptar las condiciones vergonzosas que nos imponen, sean para invertir en nuestro país, sean para comprar nuestras riquezas nacionales, sean para vendernos todo lo que nos falta? No podemos prescindir de estos intercambios, pero tampoco podemos dejar correr la sangre de nuestras “venas abiertas”. ¡Otro dilema!

Con estos extranjeros, pasa más o menos lo mismo que con nuestros propios “ricos”. Si yo intento explicar a los inversionistas, los compradores y los vendedores extranjeros que tienen que contribuir a la prosperidad de nuestra economía nacional, pagar impuestos, royalties y buenos salarios, respetar a los consumidores y el medio ambiente, gritan igual: que van a retirar su dinero del país, que las grandes organizaciones internacionales van a dejar de prestarnos dinero y de sostener nuestros proyectos de desarrollo, que tenemos que respetar los ajustes estructurales. Dicen también que no es su culpa, sino la del mercado que fija los precios –cuando todos sabemos que ellos mismos respetan las “leyes” de este “dios” que llaman “mercado” sólo cuando este les favorece, y hacen “excepciones”, como dicen, cuando no es así–. Y si yo insisto demasiado, a veces, también me arman ingerencias subversivas: nos clasifican como parte del “eje del mal”, nos hacen bloqueo económico, nos boicotean, financian opositores armados, y hasta nos amenazan con guerras. Y mientras tanto, sigue corriendo la sangre de nuestras venas, y nuestro pueblo sigue pobre porque el Estado no tiene dinero suficiente para mejorar sus condiciones de vida. Con el resultado que, a veces, el pueblo pierde la paciencia, se moviliza y crea una situación ingobernable.

Tercera contradicción

Yo sé que muy pocos de mis colegas, Presidentes de países del Sur, no se preocupan mucho de la cuestión ecológica: los entiendo, porque, al final, no son sus países –ni el mío– los que polucionan tanto el planeta, sino los del Norte. Pero yo, si me preocupo de eso, es porque veo que los recursos naturales de los cuales disponemos son limitados y que no todos son renovables, y quiero dejar a las generaciones futuras un país sano, habitable, y con una buena reserva de riquezas: los suelos y subsuelos, el aire puro, el agua potable, la energía sana, todos estos recursos serán indispensables para el desarrollo futuro, como ya lo es ahora. Sin embargo, esta preocupación entra en contradicción con, por lo menos, dos exigencias actuales de lo que llaman la “globalización”.

Primero, no podemos dejar de vender nuestros recursos naturales en los mercados internacionales, porque de ellos sacamos la mayor parte de nuestras divisas. Para mí, sería mucho más cómodo seguir vendiendo y vendiendo: así se llenan las arcas del Estado con mucho dinero fácil, con el cual puedo realizar generosas políticas sociales de asistencia, que me permiten comprar la clientela electoral, que me va reelegir con seguridad en las próximas elecciones; así, los ricos se siguen enriqueciendo, los pobres se quedan contentos, y... yo, sigo en mi cargo. Pero, ¿no quiero ser un Presidente populista! A mí, me interesa el desarrollo a largo plazo. Por eso, quiero que mi país deje de ser tan dependiente de sus exportaciones de materias primas, que sea un país industrializado, que necesite menos importar, que tenga unas exportaciones diversificadas, para que tengamos más independencia de los otros países, y que no agotemos tanto nuestros recursos naturales no renovables. Pero, resulta que a los “mercados internacionales”, esta política, por prudente e inteligente que sea, no les gusta: lo que quieren ellos es más gas, más petróleo, más cobre, más café, más algodón, más... de todo, y a precios baratos.

Segundo, si yo quiero industrializar mi país y diversificar su economía, tenemos que incorporar mucha tecnología y participar en las innovaciones para no depender totalmente del extranjero, como es el caso ahora. Pero ¿cómo hacer esto sin destruir nuestros recursos naturales y el medio ambiente? El problema está en que las tecnologías de punta –las que van a generar mucho dinero en el futuro–, incumben a la energía (los agrocombustibles) y la alimentación (las agroindustrias) y que, invertir en estos sectores, implica dañar mucho a la naturaleza (cortar bosques, contaminar y agotar suelos, aguas y aire...), y también, causar daños importantes a la población rural (destruir la economía familiar, desplazar gente...). Estoy convencido que la cuestión ecológica es muy grave, y por esto quiero no agravarla, pero, al mismo tiempo, veo que los discursos de los países del Norte sobre este tema sirven también para esconder los intereses de sus economías.

Cuarta contradicción

El desarrollo, como cada uno lo sabe muy bien, no es solamente un problema económico y tecnológico: es también un problema político, social y cultural.

En la vida política, mi posición es muy clara y firme: yo soy un demócrata. Estoy totalmente convencido de que, cuando un poder político no está vigilado estrechamente por los ciudadanos se convierte siempre en una oligarquía, se corrompe y se pone al servicio de los más ricos; la democracia es el único sistema que permite limitar –no digo erradicar, solo limitar– esta mala costumbre. ¡Así son los hombres! Pero también, tengo que confesar que, en mi función de Presidente, tener que respetar la democracia me resulta, a veces, muy difícil. Winston Churchill también pensaba lo mismo, cuando decía que “la democracia es el peor de todos los sistemas políticos, ¡con excepción de todos los otros!” El problema viene porque, para desarrollar un país, se necesita un Estado fuerte, un gobierno que gobierne, que emprenda reformas profundas, muchas veces radicales. Y todo lo que hago para gobernar en vista del interés común de mis compatriotas está, no solamente criticado por la oposición –lo que es su derecho y su deber–, sino sistemáticamente saboteado, ya sea en el parlamento o en la prensa y la televisión –que, por supuesto, no controlo–. Ellos hacen, a mi parecer, un mal uso, hasta un juego sucio, con la democracia. Además, los ciudadanos, que deberían ser vigilantes, se dejan manipular tan fácilmente –creen todos los rumores, sin contrastar– y se interesan tan poco por los asuntos públicos que llega a ser desesperante: no me apoyan, incluso cuando defienden sus propios intereses.

Quinta contradicción

De la misma manera que soy demócrata en política, también lo soy en la vida social: me parece excelente que todos los grupos de interés se movilizan, se organicen, se expresen y negocien sus reivindicaciones; creo que los gobernantes tienen que reconocer a los sindicatos y las organizaciones sociales de todo tipo, aceptar los conflictos e instituirlos; es el mejor camino para garantizar un contrato social sólido, que permite evitar la violencia y vivir en seguridad y en paz. Pero la democracia social también tiene

sus contradicciones. Los más ricos siempre están mejor organizados que los menos ricos y, por lo tanto, defienden mejor sus intereses. Por lo tanto, muchos grupos quedan fuera de la democracia social: los pobres e indigentes, los desocupados, los jóvenes, los viejos, los enfermos, los que viven en regiones alejadas de la capital, los inmigrantes, y todavía las mujeres. Resultado: son olvidados, nadie los escucha, nadie se ocupa de sus intereses. A veces, amargados de ser tan excluidos, se levantan en motines y revueltas, crean inseguridad y delincuencia en las ciudades, trafican con drogas y hasta forman grupos armados. Y esto perjudica la democracia y el contrato social.

Sexta contradicción

El desarrollo plantea también un problema cultural muy complejo de resolver. Antes, los teóricos decían que la causa principal del subdesarrollo era las mentalidades tradicionales de los pueblos; ahora, dicen más bien lo contrario: que es por haber destruido las identidades culturales tradicionales que ciertos países tienen dificultades para desarrollarse. Mi posición no es ni la una, ni la otra. Creo, eso sí, que para desarrollar un país es indispensable movilizar la mayor parte de sus habitantes en un gran proyecto de futuro, de cual ellos puedan sentirse participantes, con el cual ellos se puedan identificar, y de cual pueden estar orgullosos. Semejante proyecto, en el mundo de hoy, tiene que ser un proyecto de modernización: no hay otra solución. Pero, efectivamente, la modernización acaba con las otras culturas, más antiguas: introduce ideas, valores, maneras de vivir, tecnologías que vienen de afuera y que, muchas veces, destruyen nuestras tradiciones, nuestra historia, nuestra memoria. Yo creo, firmemente, que para movilizar si fuera posible a todo un pueblo en un proyecto de futuro, es imprescindible respetar todas las culturas que lo conforman. Así que la modernización tiene que aceptar un compromiso razonable con las tradiciones.

Síntesis: las condiciones de un desarrollo ético y sostenible

No estoy seguro de haber sido exhaustivo; puede ser que se me olvide algo. Pero estos seis problemas, y estas seis contradicciones, son lo que denomino *un desarrollo ético*

y *sostenible*; son las que yo trato de resolver todos los días, y que me tienen sin dormir por las noches. Para resumir las ideas presentadas aquí les propongo ahora un cuadro, de cual pueden inspirarse para analizar casos concretos de países que ustedes conocen... o para gobernar uno de ellos, si es que, acaso, les toca desempeñar este delicado cargo.

Valores guías del..	... DESARROLLO	... ÉTICO Y SOSTENIBLE
Bienestar económico	Hacer crecer y diversificar la producción de la riqueza...	... <i>pero</i> cuidando su redistribución equitativa.
Autonomía internacional	Participar en los intercambios internacionales...	... <i>pero</i> sin perder (o recuperando) el control de los recursos nacionales.
Tecnología ecológica	Participar en el movimiento de innovación tecnológica...	... <i>pero</i> cuidando el medio ambiente y los recursos no renovables.
Democracia política	Disponer de un poder ejecutivo fuerte y coherente...	... <i>pero</i> respetando las exigencias de la democracia política.
Democracia social	Garantizar una buena institucionalización de los conflictos...	... <i>pero</i> respetando las exigencias de la democracia social.
Proyecto cultural	Movilizar el pueblo en un gran proyecto modernizador...	... <i>pero</i> respetando e involucrando las culturas tradicionales.

Felizmente para mí, yo no soy Presidente de ninguna república del mundo de hoy. El país donde tengo que ejercer este comprometido cargo ya tiene resueltas todas estas contradicciones, gracias a la sabiduría de sus ciudadanos y de sus dirigentes. Este país fue fundado, al comienzo del siglo XVI, por mi ilustre predecesor Tomás Moro, y se llama *Utopía*.

Louvain la Neuve, diciembre de 2008